

¡A cuántos desengaños nos conduce
 Cuando ebrio de placer se halla el deseo!
 ¡Cuánta ilusión costosa nos seduce!

¡Dichoso quien su loco devaneo
 Alcanza á prolongar! Con sus dolores
 Luchar eternamente á muchos veo.

Para ellos siempre espinas, nunca flores
 Produce el mundo. ¿Van tras la hermosura?
 En sierpes se convierten sus amores!

Con fatiga se acercan á una altura
 Do su ambición pavonearse espera,
 Y oyen crujir la escala mal segura.

Un tesoro su rica sementera
 Les promete; y desátanse los ríos,
 Y la cosecha al mar corre ligera.

¿Quién es estoico ante hados tan impíos?
 Yo no me atrevo á contemplar sus males
 Por temor de llorar también los míos.

A destinos más nobles é inmortales
 Nos puede conducir una atroz pena,
 A los héroes haciéndonos iguales.

Hijos del infortunio, la serena
 Frente elevemos, como el risco osado
 Cuando la tempestad se inflama y truena

No es el hombre feliz; el desgraciado
 Es quien eclipsa, al fin, la turba necia
 Que en las garras del mal sólo ha llorado.

¡Fortuna y gloria al hombre que se precia
 De respeto infundir hasta á la muerte!
 Dios, por invulnerable, la desprecia;
 Y, por su dignidad, el varón fuerte.

RAMON ISAAC ALCARAZ.¹

EL OTOÑO.

Tras las nocturnas lluvias
 Risueña se levanta la mañana,
 De mil espigas rubias
 Coronando galana
 Del Otoño la frente soberana.

Los huertos deliciosos
 Doblan sus verdes ramas bajo el peso
 De frutos abundosos,
 Y al regalado beso
 Del aura, mueven su follaje espeso.

Y las gotas brillantes
 Trémulas penden de hojas y de flores,
 Cual límpidos diamantes,
 Del Sol á los fulgores
 Reflejando del iris los colores.

Veloz se precipita
 De la alta sierra el bramador torrente,
 Como corcel que irrita
 La espuela; é impaciente
 Arrastra cuanto estorba su corriente.

Las verdinegras cañas
 Del crecido maíz cubren los prados

¹ Correspondiente de la Real Academia Española. Falleció en México el 8 de Abril de 1886.

Y ocultan las cabañas,
Y sus frutos granados
Los labradores ven alborozados.

La hacendosa aldeana,
Que en su campestre hogar no envidia el oro,
Su vaca ordeña ufana,
Y suelta al buey y al toro,
Del pobre labrador rico tesoro;

Y al campo con presteza
Baja y teje, del lago á las orillas,
Corona á su cabeza
Y al cuello gargantillas
De alba ninfea y rojas maravillas.....

Sentémonos, Teresa,
Bajo el dosel que forman los manzanos,
De la aromada fresa
Junto á los rojos granos,
Que codician los pájaros galanos.

Flores vimos primero
Olorosas y frescas en los prados,
Cuando tras cierzo fiero,
Los céfiros alados
Vagaron por los bosques perfumados.

Al calor del Estío,
Y de las puras lluvias fecundantes
Al plácido rocío,
Cayeron las brillantes
Flores, dejando frutos abundantes:

Los frutos sazonados
Que orgullosa la tierra hoy nos presenta

Maduros y dorados,
Cual madre que contenta
El dulce fruto de su amor ostenta.....

Así, Teresa mía,
Vemos huir primero los amores;
Y viene luego el día
En que vemos sus flores
Caer de la pasión á los ardores.

Pero tras ellos vienen
Los dulces frutos, que de amor los lazos
Unidos siempre tienen,
Los hijos, que en los brazos
Estrechamos, del alma cual pedazos.

Esposa idolatrada,
Contempla á nuestros hijos inocentes.
¿La vida duplicada
En tu interior no sientes,
Al besar con amor sus puras frentes?

¿No palpita tu pecho
Al mirar su candor y su inocencia?
¿No te parece estrecho
El mundo á su existencia,
Al verlos sonreír en tu presencia?

Lámpara siempre viva
Son los hijos, que el fuego sacrosanto
Del casto amor aviva;
Del alma son encanto
Cuando la agobia matador quebranto.....

Venid, hijos queridos;
De vuestra madre en el regazo amante

Que os vea reunidos:
 Mirar vuestro semblante
 Siempre risueño, es mi anhelar constante:

Que nunca adversa suerte
 Hinqué en el pecho vuestro el diente agudo;
 Que en el combate fuerte
 De la vida, sañudo
 Nunca el destino os dé su golpe rudo:

Que la ignorada senda
 Sigáis de la virtud; que cuantas veces
 Alzáis, cual pura ofrenda,
 Al cielo vuestras preces,
 El buen Dios vuestro amor pague con creces.

Y tú, mi dulce esposa,
 Tú que formas sus tiernos corazones
 Y alumbras cuidadosa
 Sus débiles razones,
 Y diriges sus tiernas sensaciones,

Muéstrales siempre el cielo,
 Y díles que hay un Dios que galardona
 De la virtud el celo,
 Que la bondad corona,
 Y en medio del dolor no la abandona.

Repíteles que hermanos
 Somos los hombres, y que á todos amen;
 Y díles que sus manos
 El bien siempre derramen,
 Y que su pecho en caridad inflamen.....

¡Oh si me fuera dado
 Crecer mirarlos, como aqueste tilo

Crecer hemos mirado!
 Entonces ya tranquilo
 Yo descansara en mi postrer asilo.....

Ven, mi esposa querida;
 Venid, mis tiernos hijos, que no otros
 Placeres en la vida
 Tenemos ya nosotros:
 La mies de nuestro Otoño sois vosotros.

ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDON. ¹

EN LA INMACULADA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA.

Abre, ¡oh Señor! mi labio: á mí descienda
Tu espíritu, y encienda
Mi alma en tu amor. Agradecido suene,
No indigno de tu aliento,
En himno humilde á tu bondad mi acento,
Y cruce el mar y el universo llene.

Doquiera anuncie el regocijo puro
De que el mortal seguro
Gozó por fin tras larga noche umbría:
Y la feliz aurora
Recuerde en que tu mano bienhechora,
Amparo de Israel, nos dió á María.

¡Oh dulce instante y memorable y santo!
Calmó del orbe el llanto
Y el hondo afán de su natal la nueva.
De tu amor infinito
Diste, al formar su corazón bendito,
Al linaje de Adam excelsa prueba.

¡Ah! De la noche el estrellado velo,
El siempre rico suelo,
El sol brillando en la mitad del día,

¹ Correspondiente de la Real Academia Española. Nacido en Puebla el 10 de Julio de 1821. Muerto en México el 28 de Febrero de 1883.

Menos el pecho inflaman,
Menos la fuerza de ese amor proclaman
Que el alma santa de la Madre mía.

Escogida por tí, de gracia llena,
La bárbara cadena
Un punto no arrastró del enemigo:
Tú alzaste el brazo airado,
Y no llegó ni sombra de pecado
Al blando seno que iba á darte abrigo.

Te debías á tí tan alta gloria:
Por tu insigne victoria,
Necesaria, Señor, á tu grandeza,
Pudo modesta y pía
Sola á tus ojos ofrecer María
No indigna de la tuya su pureza.

El grande privilegio verdadero
Confiese el orbe entero:
En ningún corazón la duda habite.
¿Quién, Padre soberano,
Contó las maravillas de tu mano?
¿Quién hay, Señor, que tu poder limite?

¿Retroceder no hiciste la corriente
Del Jordán á su fuente?
¿Al pueblo de Israel no dió camino
Seco el mar á tu acento?
¿Y en la piedra de Oreb no halló sediento
Fresco raudal y puro y cristalino?

¿No cantan las angélicas legiones,
No cantan las naciones
En esa joya de inmortal valía,

Inclinada la frente,
Un prodigio, Señor, más excelente?.....
¿No es Madre y Virgen la feliz María?

¡Ah! que por siempre en soledad se vea,
Que negado le sea
El sol, y gima sin hallar consuelo
El pecho descreído
Que tu gracia no admire agradecido
En la Reina hermosísima del cielo.

Yo te adoro, Señor: ferviente el labio
Te aclama bueno y sabio.
Al levantar tu mano sacrosanta
A esa Doncella pura,
También, Señor, á singular altura
A la mujer de que nació, levanta.

FRANCISCO DE P. GUZMAN. ¹

AL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

ODA.

Rica fuente de amores,
Manantial de consuelo y esperanza,
De finos amadores
Cumplida bienandanza,
Del pecador aliento y confianza:

Tú de la sangre fuiste
Del Cordero de Dios urna sagrada,
Y bullir la sentiste
En tu seno inflamada
Por verse en mi rescate derramada.

De su piedad la alteza
El Padre puso en tí con larga mano,
Y toda la riqueza
De su amor soberano,
Gloria y delicia del linaje humano.

La caudalosa vena
De su virtud benéfica y fecunda
Desciende á tí serena,
Y tus senos inunda,
Y en mil prodigios de bondad redunda.

¹ Humanista, profesor de la Escuela Preparatoria; correspondiente de la Real Academia Española. Nacido en 1844. Muerto en México el 10 de Enero de 1884.

Sola una vez probaste
 Para el castigo tu poder robusto,
 Y severo arrojaste
 Con el azote justo
 Al torpe mercader del templo augusto.

Mas ¿quién, Señor, podría
 Numerar los magníficos portentos
 Con que tu amor solía
 Encadenar los vientos
 Y serenar turbados elementos;

Sustento generoso
 Dar á míseras turbas condolido,
 Al ciego y al leproso
 Su remedio cumplido,
 Y de Satán al triste poseído?

¡Qué de amargos dolores,
 Qué de miserias á tu voz huyeron!
 Torrentes de favores
 En Israel corrieron,
 Y al envidioso abismo entristecieron.

Marta doliente, dínos,
 Refiérenos, María generosa,
 Los suspiros divinos,
 La angustia dolorosa
 Del Señor de la vida ante esa fosa.

Lázaro descansaba,
 Presa ya corrompida de la muerte;
 Pero Jesús le amaba.....
 Y el Hijo del Dios Fuerte
 Lágrimas tiernas por su amigo vierte;

Y con voz que la esfera
 Un día enlutará del sol luciente,

“Lázaro, ven afuera,”
 Grita el Omnipotente,
 Y Lázaro á sus pies vuela obediente.

Pero ¡cuán extremada
 Se ostenta la virtud irresistible
 De tu alma enamorada
 En curar la invisible,
 Torpe gangrena del pecado horrible!

Por ella, de Zaqueo
 El ruin afán de lucro miserable,
 Ya convertido veo
 En codicia envidiable
 De la sola riqueza inagotable.

Canta, Samaritana,
 Celebra en himno eterno tu ventura:
 A su voz soberana
 Rendida el alma impura,
 Sed tuviste de amor que siempre dura.

De asquerosos amores
 Vil morada tu pecho, Magdalena,
 A tus fieros señores
 Atada en vil cadena,
 Rodando vas á inacabable pena.

Mas no, que en tu camino
 Jesús te encontrará. Sus castos ojos
 Con amor peregrino
 Te miran, y de hinojos
 A sus plantas caíste, por despojos

Trayendo á su victoria
 Tu grande corazón, despedazado
 Por la amarga memoria

De tu Dios ultrajado,
Y en ansias de ser suyo dilatado.

Del celestial rocío
Que baña tus entrañas abundoso,
Devuelves largo río,
Que refresca amoroso
Los pies del que aun se digna ser tu esposo.

Él tus lágrimas paga
Dándote que acompañes á María,
Cuándo terrible daga,
Cantada en profecía,
Implacable taladre su alma pía;

Y logres en el huerto,
Cuando vayas solícita á buscarle,
Junto al sepulcro abierto,
No cadáver honrarle,
Mas anegado en gloria contemplarle.

¿Y así, mi Dios, regalas
A quien cifró su dicha en ofenderte?
¿Y de esposa en las galas,
Un gemido convierte
Del corazón, los paños de la muerte?

Yo también olvidado
Largos años de tí, y á tu enemigo
Con toda el alma dado,
Tus riquezas prodigo,
Y á tormentos sin término me obligo.

Y mientras yo, durmiendo
Sueño de muerte, á perdición rodaba,
Tu corazón gimiendo,
En mi guarda velaba,
Y por salvarme á mi pesar, luchaba.

¿Qué te va á tí, Rey mío,
En que este desgraciado viva ó muera?
Tu inmenso poderío,
Tu gloria siempre entera,
Para brillar mi rendimiento espera?

Venciste, dulce hermano;
Del fondo del abismo me sacaste,
Y con tu propia mano
Mis heridas curaste,
Y de tus ricas galas me adornaste.

Luego, á tu mesa puesto,
Como tus fieles hijos regalado,
Por tus manos dispuesto
Gusté rico bocado,
En que te das á mi alma recatado.

Morada de sosiego,
Trono de santidad, fuente de vida,
En amoroso fuego
Haz que mi alma encendida
Respire sin cesar contigo unida.